

Acto en el Ayuntamiento de Sevilla por el IV Centenario de la muerte de Cervantes

Ayer, 22 de abril de 2016, IV Centenario de la muerte de Cervantes, tuvo un sencillo acto conmemorativo en el ayuntamiento de Sevilla con una parva asistencia. El señor alcalde no asistió y el jefe de la oposición llegó a última hora, requeridos, sin duda, por otros quehaceres superiores.

Si Miguel de Cervantes y William Shakespeare encuentran un hueco libre en sus ocupaciones trascendentes, algún diálogo parecido tendrán:

«¿William, recuerdas cuando te entrevisté en el bautizo de Felipe IV?». «No lo puedo olvidar ¡cuántas coincidencias surgieron en tan breve tiempo! Pero tus labores de cronista pronto reclamaron otros menesteres, y recordarás el propósito para seguir con los comentarios sobre la puntuación de los textos». «Miguel, estarás alborozado con los actos organizados por los tuyos, hasta aquí llegan las noticias». «William, los míos —como dices— los conoces bien, siempre anárquicos en sus permanentes abulias. Sin embargo, tus compatriotas se esfuerzan en una conmemoración de rigores institucionales, vibratorios para una nación como la tuya, orgullosa de sus hijos famosos».

Nunca entenderé cómo el acto referido brotó de la inquietud de un literato cordobés, enamorado de Sevilla, Rafael Raya Rasero, alma de una asociación cultural sevillana, ojo crítico de la imaginación. El apasionado escritor cervantista, al constatar incertidumbres, en lucha contra vientos y otros muchos entuertos, logró la presentación a última hora de una propuesta en el pleno, votada unánimemente para —dadas las controversias políticas imperantes—, confiar en el idealismo residual de los humanos.

Quiénes mejor comprenderán el asunto serán los japoneses y canadienses, entre los cuales abundan los “quijotistas”, o sea, hombres sensibles con la filosofía emanada del florecido icono de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, algo más de un original relato novelístico.

El destino, poseedor de misteriosos dictados, quiso extender el tupido de sus velos sobre la vida y muerte de Cervantes, siempre en fuga de los curiosos para abarcarlo y no dejarlo cabalgar junto a sus héroes por las llanuras de la vida. ¿O acaso don Miguel carecía de la certera brevedad del tiempo devorador de todo? Palpitaban las andanzas en un escritor didáctico, convencido de la política como residual poso del alma humana cuando abandona los idealismos.

Cervantes, coleccionista de excomuniones, comprendió sus estériles resultados al saber la complejidad de los sentimientos, personificados en los buenos magos: el cura, el bachiller, la sobrina... heterogéneos personajes del ayer y del hoy, decididos en virtuoso contubernio a la quema de sus libros, puertas abiertas a los satanás y sus acólitos.

El íntimo acto lo presidió el famoso cuadro de Gonzalo Bilbao. Poco importa si la inspiración logró plasmar el semblante de don Miguel (¡casualidad imposible!), comparado con sus valores internos. Sin embargo, al notar su mirada clavada en cada uno de los presentes, quise imaginar retentivas para su próxima novela y comentarlas con William. Nada extraño si ambos llegarán a una conclusión: «Déjalo, después del acuerdo para partir juntos, descansenos de tanto trajín, tampoco vamos a redimir a nadie, dejémosles en las dudas, señoras de las creencias».